

ROSARIO CASTELLANOS: LA VOZ DE LOS SIN VOZ

Christine Hüttinger

María Luisa Domínguez¹

RESUMEN

En diversas partes de su obra, Rosario Castellanos presenta las razones que la llevan a escribir: para darles voz a aquellos a quienes les fue negada, las mujeres y los indígenas. En la discusión sobre las mujeres hay dos posturas principales, a saber, la reduccionista que busca minimizar la “cuestión de las mujeres” a un ámbito separado, como un caso particular, y la complementaria, en la que los filósofos y teóricos ven al sexo femenino como complemento del masculino, enfoque predominante con el surgimiento de la burguesía y de la Ilustración. La escritora presenta las diferentes formas de acción y roles sociales de las mujeres, en los que la muestran en absoluta dependencia del hombre.

PALABRAS CLAVES

Mujer, identidad, ladino, reivindicación, indígena, sumisión, trascendencia, víctima.

¹ Christine Hüttinger es profesora-investigadora de tiempo completo en el Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco <chw@correo.azc.uam.mx>

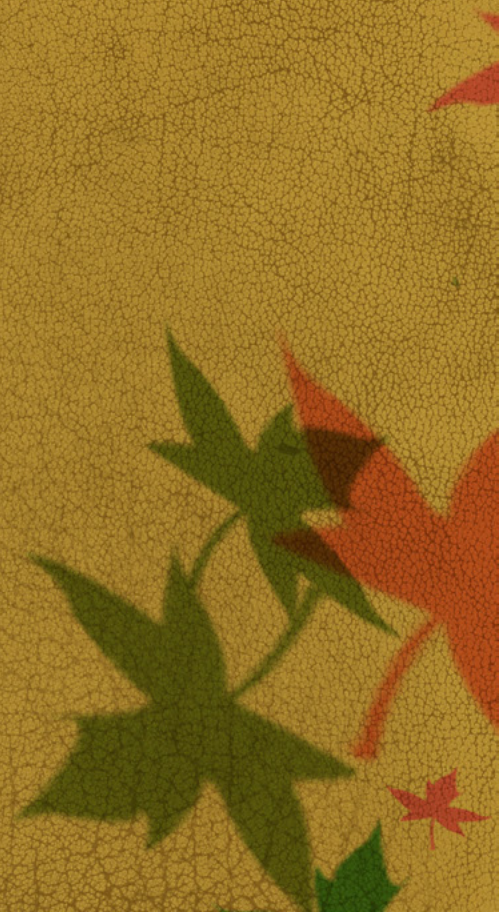
María Luisa Domínguez trabaja en el Departamento de Investigación de la Escuela Berta von Glümer. <bertainvestigacion@gmail.com>

ABSTRACT

In different parts of her work, Rosario Castellanos presents the reasons which motivated her to write and to make audible those who do not have a proper voice: women and indigenous people. In the discussion about the women's situation we find two basic points of view: the one which wants to reduce the "women's question" to a separated field, treating it just as a special case, and, on the other hand, the position of complementarity whereby philosophers and theoreticians see the woman as complement of the man, being this the main approach since the time of Illustration and the rise of the bourgeoisie. Rosario Castellanos presents the different roles where women are shown totally dependent of men.

KEY WORDS

Women, identity, indigenous people, subordination of women



Una campana, incluso si está rota, puede sonar y su tañido es distintivo porque justamente por esa fisura penetra la luz. *Anthem*, famosa canción de Leonard Cohen se puede evocar al ver la biografía de Rosario Castellanos con sus momentos desgarradores y de infelicidad. Ella estudió Literatura y luego Filosofía para encontrar una respuesta a las grandes preguntas de la existencia que desde siempre le habían inquietado. En diversas partes de su obra presenta las razones que la llevan a escribir para darles voz a aquellos a quienes les fue negada: las mujeres y los indígenas. Es por esto que se recurre a sus propias palabras para sustentar este trabajo.

En toda su obra, tanto lírica como narrativa, se pronunció enfáticamente a favor de las mujeres y de los indígenas. Las citas textuales elegidas ilustran de manera contundente su postura al respecto.

Inmersa tanto en su época como en su contexto, Rosario Castellanos presenta las diferentes formas de acción y roles sociales de las mujeres que las muestran en absoluta dependencia del hombre, tal como se consigna en la Epístola de Melchor Ocampo, según la cual “la mujer debe dar al marido obediencia, agrado, asistencia, consuelo y consejo” (Ley de matrimonio civil 1859, Art. 15). Este ámbito mexicano es el que Rosario Castellanos se dedica primero a descifrar, después a explicar y, por último, contra el que se rebela, contra la imagen que se tiene de la mujer. Sus escritos son de reivindicación de los derechos de la mujer: “Una mujer intelectual es una contradicción en los términos, luego no existe” (Castellanos 1979, 71). El título de la colección de ensayos *Mujer que sabe latín*, evoca el conocido refrán que concluye diciendo “ni encuentra marido ni tiene buen fin”.

Amordazadas desde que “un gran demonio mudo anudó en nuestra lengua el nudo del silencio” (Castellanos 1972B, 103) y condenadas a la sumisión, las mujeres se escuchan a través de Rosario Castellanos, porque “el poeta es quien da voz a lo que no habla” (Castellanos 1972B, 200). Gracias a su voz, la palabra de la mujer es capaz de enunciar: ya no “somos un cántaro vacío, una cítara muda” (Castellanos 1972 B, 33).

No deja de llamar la atención que, a pesar de haber estado secularmente atenazada por “nuestras instituciones más sólidas: la familia, la religión, la patria” (Castellanos 1975, 182) sea precisamente la mujer quien perpetúa los valores de mansedumbre, lealtad, obediencia y abyección (Castellanos 1972 B, 209), como queda plasmado en este verso: “Mi madre en vez de leche me dio el sometimiento” (Castellanos 1972 B, 126). En *Cabecita blanca*, su madre le dijo a Justina que debía practicar la virtud de la prudencia, y “la señora Justina entendió por prudencia el silencio, el asentimiento, la sumisión” (Castellanos 1979, 53).

El hombre, incapaz de comprender a las mujeres, las considera irracionales, tal es el caso de Fernando Ulloa, personaje de la novela *Oficio de tinieblas* quien atribuía la actitud de su esposa “a la inestabilidad del alma femenina, a los vaivenes fisiológicos impredecibles” (Castellanos 1972 A, 178). Si no se les

comprende, entonces lo más que se puede hacer por ellas es soportarlas, “ejercitando la caridad cristiana” como hace el padre Manuel Mandujano con su hermana Benita en la misma novela (Castellanos 1972 A, 222). Pero no sólo el hombre chiapaneco piensa así, también el capitalino, encarnado en Sergio quien, en *Rito de iniciación*, le dice a Cecilia que “las mujeres no tienen más que tres argumentos: sí porque sí; no porque no y sí pero no” (Castellanos 1996, 78-79). Para convencer a Cecilia de que acepte su propuesta de casarse, Sergio invoca el significado del matrimonio como institución social: “rango, seguridad económica, nombre. Es decir todo lo que una mujer no puede adquirir por sí misma” (Castellanos 1996, 337).

En *Álbum de familia*, Elvira nos regala con la siguiente definición del matrimonio, digna del *Diccionario del diablo* de Ambrose Byerce:

El matrimonio es el ayuntamiento de dos bestias carnívoras de especie diferente que de pronto se hallan encerradas en la misma jaula. Se rasguñan, se mordisquean, se devoran, por conquistar un milímetro más de la mitad de la cama que les corresponde, un gramo más de la ración destinada a cada uno. Lo que importa es reducir al otro a esclavitud. Aniquilarlo” (Castellanos 1979, 132).

La sociedad cataloga a las mujeres en dos grandes clasificaciones: en la cima está la casada, la que ostenta con orgullo el calificativo de “la legítima”, en oposición a la querida. La esposa es “la bestia que ya ha tascado el freno” (Castellanos 1972 B, 209), a quien se “le atribuyen las responsabilidades y las tareas de una criada para todo” (Castellanos 1979, 15).

Dos estigmas pueden quebrantar este orden: el primero es ser estéril, en palabras de Gertrudis en *Los convidados de agosto* “machorra” (Castellanos 1964, 26) o “La nuez que no se rompe para dar paso, crecimiento y plenitud a la semilla” (Castellanos 1972 A, 316). El segundo estigma es haberse divorciado; a este respecto, con el sentido del humor que la caracteriza, la autora pone en boca de Lupita, personaje de *El eterno femenino*, las siguientes palabras: “Rosario Castellanos no tiene siquiera la disculpa de ser soltera. Es algo peor: divorciada, lo que, a mi modo de ver, no la justifica de ninguna manera, pero explica su cinismo, su desvergüenza y su agresividad. El fracaso conyugal, del que, ninguna duda cabe, ella es la única culpable, la anima a dar un bofetón en la mejilla de una sociedad a la que no es digna de pertenecer” (Castellanos 1975, 186).

En dos de sus novelas, *Oficio de tinieblas* y *Balún Canán*, presenta la afrenta de la esterilidad en una mujer indígena. La primera es Catalina, “semejante al tallo hueco; al rastrojo que se quema después de la recolección” (Castellanos 1972 A, 129), y la segunda es Juana, quien no pudo tener hijos porque un brujo le secó el vientre y vivía agradecida de que su esposo todavía no había pronunciado la fórmula de repudio, obligándola a volver al jacal de su familia (Castellanos 1983, 174).

Por otro lado, está la soltera, que se asoma al “balcón que le sirve de vitrina para exhibir disponibilidades”, como ridiculiza Castellanos este comportamiento en la novela *Oficio de tinieblas* (Castellanos 1972 A, 313). No conseguir marido se considera “saladura” (Castellanos 1964, 65), ya que aleja a la mujer de la vida social y la obliga a refugiarse en la Iglesia, ya sea como monja o como su sucedáneo, la “beata”, “rata de sacristía” (Castellanos 1972 A, 171), mientras que, en lo ínfimo de esta escala se encuentran las “mujeres de mala vida”, “las gaviotas” (Castellanos 1972 A, 274).

Todo este universo está regido por los hombres, y la posición de las mujeres se reduce a ser “hembras, barro que la mano del macho moldea a su antojo” (Castellanos 1972 A, 61). Son los hombres quienes proporcionan a la mujer “respeto de varón” (Castellanos 1964, 144), personificados primero en el padre, de quien “heredan un apellido, una situación, una norma de conducta”; en orden de importancia sigue el esposo, el “colmador”, quien coloca a la mujer “en el rango para el que está predestinada”; debajo de ellos se encuentran tanto el hermano, a quien se puede arrimar como “hiedrezuela” (Castellanos 1972 A, 285-287) como los hijos o –en última instancia– el padrote, como “El Cinturita”, personaje que aparece en *El eterno femenino*.

Es interesante alejarnos un momento del ámbito de la literatura para tomar un hecho ocurrido en la vida real: Rosario Castellanos recuerda (en un artículo publicado el 22 de julio de 1963) que, cuando recorría el Estado de Chiapas con el exitoso teatro ambulante Petul, una muchacha de Yalentay se le acercó al guñol para preguntarle si la podían admitir como alumna en el internado que el Instituto Nacional Indigenista tenía en San Cristóbal. Cuando la aceptaron, el padre se negó a entregarla sin más a unos desconocidos, pero lo haría a cambio de mil pesos (Castellanos 1974, 181-184).

Cristina Rivera Garza apunta que en español la palabra “víctima” siempre es femenina (Rivera Garza 2007, 30) y quizá la forma más abyecta de esa victimización sea la violación, hecho impune que ocurre con las mujeres indígenas en la obra de Rosario Castellanos. Basten algunos ejemplos tomados de *Oficio de tinieblas* y de *Balún Canán*: Leonardo Cifuentes, “un codicioso de indias”, desvirga a Marcela Gómez Oso, la hermana de Pedro González Winiktón tiene la marca del “pie traspasado por el clavo con que un caxlán (hombre blanco o mestizo) la sujetó al suelo para consumir su abuso” (Castellanos 1972 A, 20 y 30). César, mientras recorre la finca de Chactajal en compañía de su sobrino, le dice: “Allí están las indias a tu disposición, Ernesto. A ver cuándo una de estas criaturitas resulta de tu color” (Castellanos 1983, 80).

En la obra de Rosario Castellanos, tal es el caso de la novela anterior, aparecen dos nanas indígenas, guardianas de la tradición, quienes saben las leyendas inmemoriales que protegen el orden dado o el destino del mundo tal y como ha sido transmitido de generación en generación para que pervivan:

“nos arrebataron lo que habíamos atesorado: la palabra, que es el arca de la memoria” (Castellanos 1983, 9), en *Oficio de tinieblas*, Teresa Entzin López, “entretenía a la enferma [Idolina] rememorando las costumbres, las supersticiones, las leyendas de su raza” (Castellanos 1972 A, 84-85).

Si desde tiempos muy remotos se ha considerado lo masculino como “conciencia, voluntad, espíritu, sol que vivifica, viento que esparce la semilla, mundo que impone el orden sobre el caos; y lo femenino como pasividad inmanente, inercia, mar que acoge su dádiva, tierra que se abre para la germinación, forma que rescata de su inanidad a la materia” (Castellanos 1984, 8), ¿qué debe hacer la mujer para romper este círculo y trascender, ya no sólo a través de la maternidad, sino a través de la cultura? Una de las señoras que asiste al salón de belleza tiene la respuesta: “No basta adaptarnos a una sociedad que cambia en la superficie y permanece idéntica en la raíz. No basta imitar los modelos que nos proponen y que son la respuesta a otras circunstancias que las nuestras. No basta siquiera descubrir lo que somos. Hay que inventarnos” (Castellanos 1975, 194), lo que en palabras de la autora es volverse “contrabandistas” (Castellanos 1984, 84) como Safo, Virginia Woolf, Gabriela Mistral y Rosario Castellanos, quien se acercó a la literatura “para trascender” (Castellanos 2005, 208). Escribe para nosotros, porque “El sentido de la palabra es su destinatario: el otro que escucha, que entiende y que, cuando responde, convierte a su interlocutor en el que escucha y el que entiende” (Castellanos 1984, 108).

Rosario Castellanos busca en sus estudios de literatura y de filosofía, “respuestas para las grandes preguntas: ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cómo?” (Castellanos 1984, 205) y para ello desarrolla la tesis de que el varón recurre a la producción cultural para trascender en el mundo, ya que “los actos culturales son considerados vías para alcanzar permanencia y superar la finitud humana” (Castellanos 2005, 24) y la mujer, en cambio, logra esa trascendencia a través de la maternidad. Así, escribir se vuelve un imperativo, tanto poesía “porque se le presentaba una imagen con tal nitidez, con tal persistencia y con tal fuerza que no le quedaba más remedio que describirla y que interpretarla” (Castellanos 1994, 72) como relato, “un mundo poblado por entes de ficción” (Castellanos 1996, 98) “donde no es aquella a quien la muerte ha desechado para elegir a otro, al mejor, al hermano. No es aquella a quien sus padres abandonaron para llorar, concienzudamente, su duelo. No. Es casi una persona. Tiene derecho a existir” (Castellanos 1984, 193). Ahora, la niña-narradora de *Balún Canán*, *alter ego* de la escritora, ya tiene nombre, “existe, su cuerpo proyecta sombra, arroja peso en la balanza y [...] su nombre es de los que **NO** se olvidan” (Castellanos 1972 B, 293). Esta necesidad de trascender es infinita e igual que la necesidad de escribir, no tiene fin. “Con la pluma en la mano inicio una búsqueda que ha tenido sus treguas en la medida en que ha tenido sus hallazgos, pero que todavía no termina” (Castellanos 1984, 196).

Como ya se mencionó, la otra gran preocupación de Rosario Castellanos fue la cuestión indígena. Para dar el contexto de la literatura indigenista hay que tener presente que en los años cuarenta,

cincuenta y sesenta, la descolonización de muchos países africanos y asiáticos se reflejó en la crítica literaria a través del enfoque postcolonialista que quiere reivindicar la voz de los hasta ahora sin voz, excluidos del discurso hegemónico y dominante. Esta perspectiva tenía su primera expresión en el pensamiento de Frantz Fanon y pretende restablecer la identidad digna del colonizado. En América Latina, esta tendencia no tenía una repercusión amplia, debido en parte a que la Independencia de principios del siglo XIX instauró en el poder y en los puestos de mando a los criollos, y no a la población indígena. Sin embargo, en los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, apareció en América Latina, sobre todo en los países con mayor densidad de población autóctona, un renovado interés por su mundo y el intento de darle cabida en la literatura. Desde el Perú, donde José María Arguedas procuró una expresión auténtica al integrar el quechua en sus relatos y, al darse cuenta de que aquello no bastaba, se sumió en el silencio, pasando por Guimarães Rosa con la *Tercera orilla* donde manifestó la imposibilidad de dar justicia al otro, hasta Julio Cortázar quien, con voz delicada e irónica, exploró la posibilidad de ser devorado por un pasado soñado y petrificado. En México se escribe el relato indigenista.

Es muy importante que un pueblo o un grupo integre sus recuerdos a la memoria colectiva ya que los acontecimientos relevantes, así como también los deseos de qué pretende ser una comunidad están íntimamente ligados a la construcción de la identidad, la cual depende en parte de la posibilidad de este rescate (Seydel 2007, 60). A lo largo del tiempo, la cultura de la memoria permite un sentimiento de cohesión en una comunidad determinada (Seydel 2007, 60). Tanto la mujer como el indígena resultan invisibles de manera oficial y “su papel en la historia no forma parte de una memoria colectiva.” (Carmen Ramos Escandón, citada por Seydel 2007, 34). En este sentido, le corresponde un papel de suma importancia a la literatura porque nombra las cosas y las hace entrar en un canon y código de comunicación (Alejo Carpentier), lo que permite así su entrada al discurso oficial y hegemónico.

Ahora bien, Rosario Castellanos ofrece un panorama complejo de la sociedad chiapaneca que analiza con un realismo crudo y desencantado en el que el lenguaje juega un papel importante. Por un lado, por la incorporación de giros lingüísticos propios de Chiapas, regionalismos en desuso en otras partes de México, muchos de ellos para referirse despectivamente a los indígenas, como igualado, alzado, levantisco, indiada, ajenar, atajadora, enganchado, arimada, sobajar, aladinar, u otros, como coleteo, castilla, amole, desgonzado, dosel, calcañar, yday; por otro lado, la presencia del tsotsil en los nombres (Jovel, Bolometric, Winiktón) y las denominaciones (pujil, ilol, caxlán, waigel, posh) cuyo significado expresa la cosmovisión transmitida por el lenguaje. Pero también está presente la relación de dominio y de poder que se refleja en el uso del castellano (“castilla”) y del tsotsil. El español es “Idioma, no como el tzotzil que se dice también en sueños, sino férreo instrumento de señoría, arma de conquista, punta del látigo de la ley.” (Castellanos 1972 A, 9). Los indígenas no tienen acceso al español, pero

el ladino, el patrón y el enganchador manejan el tsotsil. Aún cuando lleguen a hablar en español, los indios no son capaces de comprender cabalmente el significado de las palabras, por ejemplo en el juicio por revuelta, Pedro González Winiktón, en busca de la justicia, es el indígena que se emancipa y aprende a leer y escribir en español, lo que le permite el acceso a los documentos, a la información, a la justicia. El esposo de Juana en *Balún Canán* es alfabetizado y se rebela contra su patrón. En cambio, Marcela Gómez Oso, ultrajada y violada, es “[...] aturdida por el lenguaje extraño que le golpeaba los oídos sin conmover su inteligencia” (Castellanos 1972 A, 17).

Si el indígena está reprimido, la mujer indígena lo es doblemente ya que sufre los desplantes machistas y de dominio del hombre. “Le habían arrebatado, lo comprendía bien, una posesión, un dominio suyo: Catalina. Y para recuperarlo no tenía al alcance más que la violencia.” (Castellanos 2005, 559). El papel ideal que debe asumir la mujer es el de la progenitora que perpetúa la estirpe; si no puede “porque se le secó el vientre”, como a Catalina Díaz, busca la salida en el contacto con los poderes ocultos, convirtiéndose en “ilol”. Asumir el papel de bruja se convierte en un acto de rebeldía contra la ideología impuesta por la Iglesia y por la sociedad, circunstancia que evoca el papel asignado a las mujeres sabias, hierberas y diferentes, en la larga noche de la persecución de las brujas en Europa, ya que a la mujer se relaciona con la tierra, con los poderes ocultos que la conviertan en hechicera y, por lo tanto, en manos de las mujeres hay un potencial de revolución y de cambio de paradigmas.

La cosmovisión prehispánica apenas está cubierta por una fina capa de aculturación: la “ilol” Catalina Díaz Puiljá descubre en una cueva unos ídolos que, al ser destruidos, ella reelabora de barro y que se convertirán en símbolo para la sublevación de los indígenas contra los blancos. Las vejaciones sufridas a manos del caxlán constituyen “toda la memoria amarga que el indio adormece en la embriaguez y en la oración.” (Castellanos 1972 A, 27). El vínculo que se establece en la veneración de lo sagrado y las “puertas abiertas” de la percepción (William Blake, Aldous Huxley), propio de una cultura sin pensamiento lineal teleológico, aparece una y otra vez en los escritos de Rosario Castellanos. Para marcar la diferencia entre los unos y los otros, la distribución jerárquica en un arriba y en un abajo, las diferencias insalvables entre las dos razas, la autora se expresa así: “Y en el aire –que consagró la bóveda– resuenan desde entonces las oraciones y los cánticos del caxlán; los lamentos y las súplicas del indio.” (Castellanos 1972 A, 10). La actitud del padre Manuel Mandujano es la siguiente: “Cada torpeza de Xaw le irritaba como si el otro la hubiese deliberado. Indio bruto, se repetía, indio animal, indio desgraciado. ¡Y hay quien te quiere considerar persona!” (Castellanos 2005, 469).

Los indígenas, víctimas de ultrajes, engaños y vejaciones, se han retraído detrás de una máscara inexpresiva que no permite atisbar su identidad verdadera, asemejándolos a sus antiguos dioses. La flauta suena como “balbuceo de una raza que ha perdido la memoria” (Castellanos 2005, 491). Contemplando el rostro de la nana indígena Teresa, Julia Acevedo, la Alazana, medita: “En vano rastreaba, sobre

aquel rostro inexpresivo, las huellas de un episodio tan cruel, de una generosidad tan desmedida o de una abyección tan profunda. No hallaba más que un olvido mineral, una inhumana resignación” (Castellanos 2005, 490). La memoria es potente, llama a la acción, se trata de despertarla y asociar el presente miserable con los atisbos de la esperanza. “Y Catalina habló. Palabras incoherentes, sin sentido. Se agolpaban en su lengua las imágenes, los recuerdos. Su memoria ensanchaba sus límites hasta abarcar experiencias, vidas que no eran la suya, insignificante y pobre. En su voz vibraban los sueños de la tribu, la esperanza arrebatada a los que mueren, las reminiscencias de un pasado abolido.” (Castellanos 2005, 558). Pero no sólo el pasado puede convertirse en portador de una esperanza emancipadora. Una buena parte de la obra de Rosario Castellanos presenta el proyecto cardenista como posibilidad de dignidad e igualdad, “El indio, igualado, alzado por una disposición del Gobierno, ya no estará como ahora, siempre pegado a la pared, como buscando protección en ella.” (Castellanos 2005, 498). Fernando Ulloa opina que “Hasta hoy los indios han estado bajo una tutela que se presta a muchos abusos. Pero alcanzarán la mayoría de edad cuando sepan leer, escribir, cultivar racionalmente su tierra.” (Castellanos 2005, 498). El proyecto de justicia social del cual la primera condición es la repartición de la tierra suena en boca de Pedro González Winiktón así: “Seremos, desde entonces, indios con tierra, indios iguales a los ladinos. Y ésta será la primera palabra del dios que se haya cumplido.” (Castellanos 2005, 561).

La escritora inscribe el mundo ancestral de tradición ininterrumpida con las tradiciones prehispánicas, sus creencias, su lenguaje, su forma de ser, su sentir en el complejo entramado de la sociedad chiapaneca, de Comitán de las Flores (o Comitán de Domínguez), de San Cristóbal de las Casas (nunca llamada así por Rosario Castellanos, sino Jovel o Ciudad Real), de los parajes y de los pueblos. Ella presenta el entrecruzado entre relaciones sociales complejas, entre los dominantes y los dominados, problemas raciales entre los blancos, los mestizos, los ladinos, los caxlanes, por un lado, y el indígena, el indio, por el otro, a lo que le agrega problemas religiosos. En una palabra, es un tejido social complejo, descrito con un realismo crudo desencantado. En la antología de cuentos *Ciudad Real*, presenta los lastres de la sociedad chiapaneca que se remontan a tiempos ancestrales y que sirven para la explotación, los cuales el indígena asimila parcialmente y los integra a sus propias vivencias. En el cuento *La muerte del tigre* se describe un pueblo ancestral, los Bolometric, los del tigre, en idioma tsotsil, cuya metáfora es el tigre, que ruje herido en la espesura de la selva y presenta así la historia de la Conquista y del exterminio de un pueblo originario que debe buscar sustento con los enganchadores quienes, con sueldos míseros y condiciones laborales deplorables, contribuyen a la desaparición de la tribu. El alcohol, tan importante en las festividades religiosas y los rituales de los indígenas se enlaza con el espíritu malo *pukuj*, demonio y señor de los montes. La vejez, yugo y desafío encuentra a un anciano a la merced de la benevolencia de su pueblo mientras que pueda acogerse a una función religiosa, la de *mayordomo*.

Pero, ironía el destino, siendo víctima de una cruel broma, cree que los santos no hablan el tsotsil, y por su embriaguez solitaria los otros lo echan fuera del templo. La injerencia de elementos extraños a Chiapas con la supuesta misión de brindar ayuda a los indios que tiene fines encubiertos da pie para presentar el cinismo que está detrás de aquello. El mundo indígena tampoco es un mundo idílico, falto de conflicto y contradicciones.

En resumen, Rosario Castellanos, como la gran escritora que es, no concilia las contradicciones abiertas y entrevistas en su obra y ofrece un panorama complejo, crudo, desencantado, como la realidad misma en que se inscribe.

BIBLIOGRAFÍA

CASTELLANOS, ROSARIO

1979. *Álbum de familia*. México: Editorial Joaquín Mortiz (Serie del volador).
1983. *Balún Canán*. México: Editorial Secretaría de Educación Pública (Col. Lecturas Mexicanas, 6).
1994. *Cartas a Ricardo*. México: Editorial CONACULTA (Col. Memorias Mexicanas).
2008. *Ciudad Real*. México: Punto de Lectura.
1975. *El eterno femenino*. México: Editorial Fondo de Cultura Económica (Col. Popular, 144).
1974. *El uso de la palabra*. México: Excélsior.
1964. *Los convidados de agosto*. México: Editorial Era.
1984. *Mujer que sabe latín*. México: Editorial Secretaría de Educación Pública / Fondo de Cultura Económica (Col. Letras Mexicanas, 32).
2005. *Obras I. Narrativa*. México: Fondo de Cultura Económica (Col. Letras Mexicanas).
- 1972 A. *Oficio de tinieblas*. México: Editorial Joaquín Mortiz (Col. Novelistas Contemporáneos).
- 1972 B. *Poesía no eres tú. Obra poética: 1948-1971*. México: Editorial Fondo de Cultura Económica (Col. Letras Mexicanas).
1996. *Rito de iniciación*. México: Editorial Alfaguara.
2005. *Sobre cultura femenina*. México: Editorial Fondo de Cultura Económica (Col. Letras Mexicanas, 139).

NUEVO TESTAMENTO TRILINGÜE

1977. Edición crítica por José María Bover y José O'Callaghan, Madrid, Editorial Biblioteca de Autores Cristianos.

RIVERA GARZA, CRISTINA

2007. *La muerte me da*. México: Editorial Tusquets (Col. Andanzas).

SEYDEL, UTE

2007. *Narrar historia(s). La ficcionalización de temas históricos por las escritoras mexicanas Elena Garro, Rosa Beltrán y Carmen Boullosa (un acercamiento transdisciplinario a la ficción histórica)*. Frankfurt/Main: Iberoamericana-Vervuert.